La estupidez, nuestro fuerte

Víctor Jiménez

Los malvados, se nos dice,
actúan movidos por la envidia,
que puede ser el resentimiento
por no haber triunfado sin que
mediara su propia falta (Ricardo III),
o la envidia de Caín, que mató
a Abel porque "el Señor prestó
atención a Abel y a sus sacrificios,
pero no tuvo consideración alguna
con Caín y sus ofrendas". También
puede guiarles la debilidad
(Macbeth).
Hannah Arendt

El analista político chileno –radicado en España– Marcos Roitman escribía hace poco (enero 8, 2005, en *La Jornada*, que no es quizás el diario más leído en Los Pinos) que el concepto de "populismo" se ha convertido en un arma arrojadiza que no exige, para quien la usa, ningún rigor intelectual. No hace falta así estudiar la historia del término ni cualquier otra exigencia analítica: ideología pura, en una palabra. Por ello concluye Roitman: "Emitir un juicio antes del estudio es, parafraseando a Gadamer, propio de idiotas." Sin olvidar que la ideología era, para Hannah Arendt, sólo un razonamiento a medias, algo muy cercano, pues, a la idiotez.

No hace tanto tiempo una amiga, esposa de un funcionario del gobierno de Salinas, aprovechó una cena para decirme, a propósito del tránsito en la ciudad de México, que aborrecía a López Obrador, "ese populista" (ella asociaba el tránsito al populismo, a saber por qué). Sólo acerté a decirle: "bueno, hace ya veinte años que no veo televisión –no tengo ni el aparato–, así que no estoy de acuerdo con tu opinión sobre López Obrador". No había tampoco mucha lógica en mi respuesta, pero lo extraño es que funcionó. Ella enmudeció, y el más sorprendido aún soy yo. Ocurrió, supongo, que mi amiga advirtió que alguien, casi un marciano, carecía de cualquier posibilidad de recibir su discurso. Vi de manera práctica que la televisión es un "argumento" incluso sin mencionarla. Mi amiga es inteligente y entendió que su mínimo guiño, tan poco inteligente, sólo funciona con quienes ven televisión. Es decir, todos… o casi.

Ambos descubrimos que su aplicación del término populismo, aunque alimentada en otras sobremesas, pasaba en algún momento por la televisión como proveedora de ideologías. Por lo tanto, y de acuerdo con Roitman, se trataba de algo indefendible: "propio de idiotas". Que puede compartise, y esto es esencial aunque también sea una verdad de Perogrullo, sólo cuando el otro no puede criticarnos porque también ve la televisión.

Tratar de entender la generalizada tolerancia hacia la imbecilidad televisiva puede ser más difícil de lo que parece: cualquiera se siente tentado a repetir "la estupidez no es mi fuerte", como dice el célebre personaje de Valéry, monsieur Teste. Sin embargo, no deseo abordar aquí, ahora, el tema de la estupidez televisiva por sí misma. Ya la referencia a López Obrador que hacía mi amiga indica que lo decisivo es el servicio político que brinda la estupidez televisiva, y cómo la tolerancia hacia ésta es también la aceptación de la estupidez política.

Podemos recordar la sorpresa de Hannah Arendt en Jerusalén ante la imbecilidad de Eichmann. Ya me he ocupado en esta misma revista del asunto, hace un tiempo (*Este País*, núm. 104, noviembre de 1999), así como, más recientemente, en la revista del alumnado del ITAM (Opción, núm. 129, diciembre de 2004)). Creo que el tema adquiere gran actualidad, e incluso urgencia, en el México de hoy, ya que estamos acostumbrados a asociar –de manera inconsciente, lo que resulta muy perturbador– la capacidad humana de hacer el mal con la inteligencia. De la misma forma irreflexiva acostumbramos ser indulgentes con los menos dotados intelectualmente cuando de suponerlos malvados se trata. Por ello es ya hora de que la estupidez sea nuestro fuerte, como tema de reflexión.

Un gobernante a la Shakespeare es ejemplo de nuestra primera forma de ver las cosas, y no hay que buscar muy lejos para encontrar una muestra del segundo tipo: Alfonso Zárate, Cosme Ornelas y Roberto Hernández, autores del libro *Fox, los días perdidos* (Océano, México, 2004), se refieren a "la extraordinaria precariedad intelectual y cultural" del presidente. No parece que alguien se haya quejado por lo que podrían significar esas palabras para el aludido, quizá porque muchos creen que más bien lo favorecen, ya que lo suponemos, por lo mismo, incapaz de maldad alguna.

Algo así ha ocurrido con el segundo Bush, consciente de que sus limitaciones intelectuales le dan un aire de campe-

chanía y, por ende, de confiabilidad al margen de segundas intenciones. Cuando Susan Sontag –admiradora de Hannah Arendt– decía que el actual Bush es "un idiota rodeado de personas muy inteligentes que saben muy bien lo que quieren", no fue acusada de insultar al presidente, y es posible que incluso algunos pensaran que era mejor que se dijese eso de Bush. Alguien como Carlos Salinas de Gortari, en cambio, encaja muy bien en el papel de Ricardo III y lo consideramos por ello más temible, aunque no sabemos si le atribuimos inteligencia porque su imagen shakespeariana (aunque sólo algunos podrían identificarla con este nombre) nos lo sugiere muy vivamente. Pero ¿Fox?

Observados de cerca los perversos pueden ofrecer a la inteligencia bien entrenada la ya mencionada sorpresa. Enviada en 1961 a Jerusalén por *The New Yorker* para cubrir el juicio al criminal nazi Adolf Eichmann, Arendt se encontró con algo muy diferente a lo que pensaba: Eichmann era un monstruo del mal, sí, pero también un imbécil: alguien, simplemente, incapaz de pensar (para ella el modelo del pensamiento humano era el diálogo, ya sea entre dos personas o en el interior de la mente de una sola); es decir, un individuo que sostenía un solo hilo discursivo como toda actividad mental (la presencia de una sola voz en la mente de alguien era para Arendt la definición de "ideología").

Aunque Arendt no consideraba idénticos la estupidez y el "no pensar", sí cabe, al menos en ciertos pasajes de su obra, encontrar la coincidencia. El caso es que el tema le siguió preocupando y su última obra, póstuma e inconclusa (*La vida del espíritu*, Paidós, Barcelona, 2002), tiene su origen en y comienza con estas reflexiones –una parte de las mismas figura como epígrafe de este artículo. Discute Arendt en este libro la afirmación de Kant de que "la estupidez es causada por un corazón malvado", para concluir que "quizá sea a la inversa, que la maldad tenga su causa en la ausencia de pensamiento".

Arendt rastreó la historia filosófica (no doctrinaria) del mal, encontrándose con una preocupante parquedad al respecto. Parecería como si el mal, al ser sólo algo negativo, debiera definirse como "ausencia del bien"; como algo remediable sólo con desear hacer el bien. Este error ha ubicado al problema del mal, según Arendt, en el plano equivocado. Ella concluye que la ausencia de pensamiento en los hombres es lo que se encuentra en la raíz del mal. El malvado, al no pensar, incurre en contradicciones (dice hoy una cosa, mañana la opuesta), huye de la reflexión a solas consigo mismo (que implica conversar con otro "yo", crítico) y busca la compañía de quienes sostienen su mismo monólogo (una soledad compartida). El origen del problema es la incapacidad de pensar porque lleva a la imposibilidad, en la ausencia del diálogo con uno mismo o con los que piensan de manera distinta, de distinguir el bien del mal.

No son escasos los manuales burocráticos o gerenciales, libros de autoayuda o superación personal, sin olvidar discursos religiosos, históricos, políticos y económicos que se acercan a este modelo de monólogo interior que Arendt llamaba "no pensar". Pero este "no pensar", y aquí está el problema, no impide a algunos hacer muchas cosas con la mayor eficacia técnica y administrativa.

Arendt recuerda a Eichmann en Jerusalén. En un estudio sobre la banalidad del mal, publicado originalmente en 1963, señala que el término genocidio fue acuñado para designar el crimen llevado a cabo por los nazis contra los judíos, pero se pregunta si no sería más adecuada la expresión matanzas administrativas, porque finalmente se trata de crímenes que requieren del apoyo de una eficaz administración. Las matanzas de Franco en España, las de Pinochet en Chile o de Suharto en Indonesia pertenecen a la misma estirpe administrativa de las de Eichmann. Y ninguno de estos dictadores gozó en momento alguno de fama de inteligente, aunque hayan sido aplaudidos por su desempeño en el terreno de la política económica.

Reflexiona la autora sobre una posible polémica: "comprendo que el subtítulo de la presente obra puede dar lugar a una controversia, ya que cuando hablo de la banalidad del mal lo hago solamente a un nivel estrictamente objetivo, y me limito a señalar un fenómeno que, en el curso del juicio, resultó evidente. Eichmann no era un Yago ni era un Macbeth, y nada pudo estar más lejos de sus intenciones que 'resultar un villano', al decir de Ricardo III. Eichmann carecía de motivos, salvo aquellos demostrados por su extraordinaria diligencia en orden a su personal progreso."

En efecto, Arendt recibió todas las críticas imaginables a causa de su expresión, muy pronto famosa, ya que algunos pensaron que intentaba banalizar la ejecución misma del mal, cuando lo que ella quería era llamar la atención sobre el hecho de que el mal se perpetra muchas veces por motivos banales. Eso es el "nivel estrictamente objetivo" al que se refiere. Y la historia es, desgraciada, aterradoramente rica en ejemplos de esta dimensión de lo atroz. Sorprende que no lo hubiésemos advertido antes.

El perfecto administrador Eichmann —y ésta es una de las partes más inquietantes del libro de Arendt— llegó a decir en el juicio, a manera de disculpa ante la insuficiencia de algunas de sus declaraciones: "Mi único lenguaje es el burocrático." Y agrega Arendt: "Pero la cuestión es que su lenguaje llegó a ser burocrático porque Eichmann era verdaderamente incapaz de expresar una sola frase que no fuera un cliché." Si aceptamos que "tecnocrático" es solo una variación del vocablo "burocrático", veremos cómo se puede actualizar la declaración de Eichmann.

¿Cúantas veces, escuchando a los defensores de las matanzas administrativas de Franco, Pinochet o Suharto no hemos pensado lo mismo que la filósofa judía ante Eichmann y sus retahilas de frases hechas?: "Cuanto más se le escuchaba, más evidente era que su incapacidad para hablar iba estrechamente unida a su incapacidad para pensar, particularmente, para pensar desde el punto de vista de otra persona." Toda una sociedad, como la alemana bajo Hitler, creía Arendt, dejó de pensar para refugiarse en los lugares comunes: tal es el mortífero poder de las *idées reçues*, las ideas recibidas que tienen en francés un nombre tan elocuente. Dentro de este discurso de estupideces Eichmann podía cumplir su trabajo (enviar la mayor cantidad de judíos en el menor tiempo posible a los campos de exterminio) con la mayor eficacia, como quien cumple con cualquier otra meta de productividad en una empresa modelo, con la satisfacción del deber cumplido y la esperanza puesta en el ascenso laboral y la mejoría de sus ingresos. Un gerente eficaz, en suma.

La psiquiatría utiliza la expresión francesa *idiot savant* para referirse a cierto tipo de inválido intelectual de carácter parcial: retrasados mentales capaces de tocar música prodigiosamente, o de hacer los cálculos matemáticos más complejos, pero que no serían capaces de cruzar la calle solos. Gente de un solo discurso al límite mismo de lo creíble. Lo que Arendt habría aportado a nuestra comprensión es el caso de una especie de *idiots savants* ajenos al campo de la psiquiatría, pero no al de la filosofía política. En todo caso, no están, como sus hermanos psiquiatrizables, exentos de responsabilidades. Y Eichmann fue ahorcado en Jerusalén, como correspondía hacerlo ante quien evitó pensar de manera voluntaria.

Sería erróneo suponer que calificar a Vicente Fox como alguien "no pensante" pudiese nacer de la decision de proferir un insulto. En el contexto de este artículo es más importante destacar que muchos estarán de acuerdo en que Fox no piensa y que, a pesar de la gravedad que ello encierra, no parece que la cuestión preocupe verdaderamente a nadie. Porque lo delicado es que esta incapacidad para pensar por parte del actual presidente de México no excluye, en absoluto, su capacidad de concebir o ejecutar algo realmente malo para nuestro país. Y todo, como también sabía Arendt, sin ningún problema de conciencia: termino por esto con la siguiente cita de la filósofa, que precede a su explicación de por qué decidió, al final de su vida, volver al análisis del caso Eichmann:

"La cuestión que se imponía era la siguiente: la actividad de pensar en sí misma, el hábito de examinar y de reflexionar acerca de todo lo que acontezca o llame la atención, al margen de su contenido específico o de sus resultados, ¿puede ser una actividad de tal naturaleza que se encuentre entre las condiciones que llevan a los seres humanos a evitar el mal o, incluso, los 'condicionan' frente a él? (El mismo término 'con-ciencia' apunta en esta dirección, ya que significa 'conocer conmigo y por mí mismo', una suerte de conocimiento que se actualiza en cada proceso de pensamiento.) ¿Y acaso no refuerza esta hipótesis todo lo que se sabe sobre la conciencia, esto es, que la 'buena conciencia' es, por lo general, más propia de la gente auténticamente malvada, criminales y similares, mientras que sólo la 'gente buena' es capaz de tener mala conciencia?"